

DON PLACIDO

Por Marino GOMEZ SANTOS

A las doce y media de la mañana de hoy, festividad de San Mateo, se celebrará el acto de inauguración del monumento de don Plácido Alvarez-Buylla, instalado en los jardines del teatro Campoamor. En él intervendrán don Ignacio Herrero y don Luis Botas, presidentes de honor y ejecutivo, respectivamente, de la Comisión promotora y organizadora del homenaje, y, en nombre de la familia, don Ignacio Alvarez-Buylla, hijo primogénito del ilustre médico ovetense desaparecido.

LA NUEVA ESPAÑA, con este motivo, se complace en publicar este artículo sobre don Plácido de nuestro compañero Marino Gómez-Santos, recientemente galardonado con el premio nacional de literatura por su obra biográfica sobre Marañón, dedicada, por cierto, al doctor Alvarez-Buylla.

Escribo estas líneas con una emoción profunda. El doctor Plácido Alvarez-Buylla, que a mi entender representaba el tipo más acabado de la tradición médica asturiana, ha muerto. La herida que esta tremenda realidad abre en mi espíritu no se cicatrizará. Si es cierto que en muchos casos el nombre de pila implica una predestinación, la personalidad del doctor Alvarez-Buylla era consecuencia, en cierta manera, del significado de su patronímico, Plácido: grato, apacible. Así era su amistad; así su trato. Había heredado todo lo mejor de cuanto caracterizó a sus maestros, y en su comportamiento con el enfermo se resumían los modos clásicos que había aprendido en su mocedad en las grandes clínicas, al lado de los profesores Marañón, Madinaveitia, Tapia y otros.

Era el doctor Alvarez-Buylla, esencialmente tradicional, como médico y como persona. Integraban su manera de ser dos tendencias que corrían paralelas: una formación vigorosa dentro de los conceptos de la Medicina clásica y aquella porosidad de asimilación que tuvo para valorar los mejores frutos del árbol de nuestra tradición astur. Así pues, sus valores humanos alcanzaron notoriedad entre sus pacientes. Era tal la autoridad de su juicio de otros colegas, dentro o fuera del ámbito provincial, suscitaba invariablemente esta reacción inmediata: "Nada tenemos que añadir al dictamen correcto y atinado del doctor Alvarez-Buylla".

Vivió, al igual que Feijoo, en plena gloria, y así murió, sin conocer "la tónica mordedura de la envidia".

Fue Alvarez-Buylla mi valedor arriesgado y firme, en los años precoces del acné literario. A su lado aprendí a valorar la grandeza de los espíritus liberales auténticos, porque poco tiempo después iniciaría mis pasos bajo la tutela del que había sido su maestro, el doctor Marañón. Muchas, muchas veces, oíría el nombre del doctor Alvarez-Buylla en mi vida de relación madrileña. Siempre con ponderación y abierto elogio para su persona y para su saber científico. Supe —él hubiera sido incapaz de decírmelo— que en los años de su juventud y aún después, había recibido insistentes ofrecimientos para trabajar en Madrid, con servicio propio en centros de prestigio nacional. Le impidieron aceptar su acendrado ovetensismo y lo poco dado que era a las apetencias cortesanas.

El propio Marañón defendía con inefable humanidad esta inclinación insobornable del doctor Alvarez-Buylla. Conocedor de la gran tradición médica asturiana Marañón no perdía ocasión de hablar de la eficacia científica de la obra provinciana. Decía que en la historia de la cultura, en todas partes, han representado un papel culminante las provincias. Muchas tardes, después de vagar por las calles toledanas al llegar al Cigarral le pedíamos a don Gregorio que pusiera su firma en la tarjeta que nosotros enviábamos a nuestro insigne y querido amigo. Don Gregorio, que era magnánimo, sabedor del ovetensismo de don Plácido, añadía siempre unas palabras de elogio para la Vestusta de Clarín, cuna de uno de sus mejores amigos, Ramón Pérez de Ayala, diciendo, además, como en cierta ocasión, que "los asturianos eran los mejores amigos del mundo".

Lástima que hoy, cuando se inaugura en Oviedo la estatua del doctor Alvarez-Buylla, no podamos pedir al doctor Marañón —como cuando se descubrió la efígie del padre Feijoo— que escribiera las palabras lapidarias que en ella figuran.

En alguno de mis viajes, cuando la actualidad y la efer-



vescencia de la multitud se atenúen para dejar paso a la gloria serena y perdurable de mi insigne amigo, un día cualquiera, me detendré ante este monumento sencillo y entrañable, para pensar en lo mucho que ha de sugerirme todavía con el paso del tiempo.

"LA NUEVA ESPAÑA" (OVIEDO) 21 SEPT. 1972.

ACLARACION

En el artículo "Don Plácido", de Marino Gómez-Santos, que ayer publicábamos, se produjo un error que queremos subsanar, ya que la omisión de dos líneas de texto, alteraba sustancialmente el sentido de la frase. Concretamente donde se decía: "Era tal la autoridad de su juicio de otros colegas...", debía decir: "Era tal la autoridad de su juicio en el diagnóstico, que cuantas veces fue sometido al criterio de otros colegas, dentro o fuera del ámbito provincial, suscitaba invariablemente esta reacción inmediata: "Nada tenemos que añadir al dictamen correcto y atinado del doctor Alvarez-Buylla".